

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto elegido) (2011). "Texto" (del artículo), en Giménez Rodríguez, S.; García Manso, A. y Díaz Cano, E. *Innovaciones en la sociedad del riesgo*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo elegido).

La explosión de los géneros o cómo sobrevivir al nuevo biopoder.

Almudena García Manso.

Eduardo Díaz Cano.

José Luis Anta Félez.

Universidad Rey Juan Carlos.

Universidad Rey Juan Carlos.

Universidad de Jaén.

"Vivimos en la hipermodernidad punk: ya no se trata de revelar la verdad oculta de la naturaleza, sino que es necesario explicar los procesos culturales, políticos, técnicos a través de los cuales el cuerpo como artefacto adquiere estatuto natural". (Preciado, 2008:33).

Introducción

Esta pequeña reflexión sobre el biopoder en el siglo XXI nos acerca a la idea de farmacopornografía descrita por Preciado (2008), como un neo panóptico capaz de desarrollar las nuevas estrategias de performatividad. La sujeción de los sujetos vivientes no es mera técnica arquitectónica, legal, normativa o demográfica. Se encamina a la modificación del cuerpo y lo que con se consigue: una dinámica de estructuras y tecnologías sexo-políticas basadas en la modelación farmacológica de los cuerpos y los sujetos, la modificación de sus cuerpos mediante la cirugía estética, la creación de estilos de vida hiperreales difundidos y canalizados por los medios de comunicación de masas, la práctica social de los hechos virtuales y

simulaciones de realidad en el ciberespacio y la proyección de los sujetos, la aparición de la categoría de género y la demarcación de las personas en dicha categoría, la visibilidad político-social de las "otredades sexo políticas" -mujeres y homosexuales-. Todas estas tecnologías permiten el despliegue de los actos preformativos del ser y del existir, creando sujeto en un contexto de neo biopoder basado en la modelación directa de los cuerpos.

El cuerpo en el siglo XXI –al igual que en los demás siglos- está sujeto a los ejercicios de poder del sistema que lo cincela. Hoy en día ese poder no es otro que el de un sistema orientado a producir capital bajo las leyes de un mercado, un cuerpo que ve como su existencia se debe a la intromisión de los medios de comunicación de masas en su haber-ser, un cuerpo que es procesado digitalmente, tratado y moldeado por la medicina y los fármacos, compulsivamente alimentado o dejado de alimentar, anulado por la presencia de los ornamentos y/o anexos que a él se adhieren, mercancía fetichizada, haciendo una pequeña intromisión al concepto de fetichismo de la mercancía desarrollado por Simmel (Marinas, 2001). Éste, el cuerpo, adquiere un valor como objeto que se vende, un valor unido a una cultura, a unos estilos de vida y a un significado determinado, construido y por lo general previsible.

Las funciones de ese cuerpo, unido al sujeto que lo posee, vienen a ser funciones preestablecidas por un sistema de valor-poder. Un sistema que desde la biopolítica y la anatomopolítica de Foucault (Foucault, 2009) apunta al sometimiento de esos cuerpos, que sucumben ante un poder modelador, cincelador que hoy en día podríamos designarlo bajo el término desarrollado por Beatriz Preciado: el poder de la farmacopornografía (Preciado, 2008).

La representación de los cuerpos desarrollada por Beatriz Preciado en su obra *Testo Yonki* (Preciado, 2008) viene a mostrar unos cuerpos propios de la sociedad que rebasa el post modernismo, una sociedad hipercapitalista, cristalizada en las sociedades occidentales actuales y en sus emergentes clones ubicados en los denominados BRIC (Brasil, Rusia, India y China), unos cuerpos -unidos a sus sujetos vivientes- que son

mediados por técnicas socio semióticas, tales como la pornografía y los medios de comunicación de masas, y biomédicas, o lo que Preciado denomina farmacología – que vienen a ser las disciplinas médicas, quirúrgicas, farmacéuticas y sanitarias en general-. Repitiendo la historia del poder y su capacidad de moldear sujetos, los cuerpos actuales se hallan sometidos de algún u otro modo al control, mediación y delimitación de las técnicas socio semióticas y biomédicas anteriormente indicadas.

La subjetividad mueve al sistema actual de producción y reproducción capitalista a través de la generación de “estados mentales y psicosomáticos de excitación, relajación y descarga, de omnipotencia y de total control” (Preciado, 2008:36). Conformando un sistema de sexo / género al servicio de un sistema económico, que mantiene las dualidades clásicas del sistema patriarcal del poder, la producción, la sexualidad, la corporalidad y la reproducción convirtiéndolos en procesos productivos masculinos y femeninos –sin opción a más- cristalizados en “la erección, la eyaculación, el placer y el sentimiento de autocomplacencia y de control omnipotente” (Preciado, 2008:36). Procesos tales que no se pueden desviar de su normalidad heterosexual productiva, reproductiva y clonadora de estilos de vida sexo/femenino, sexo/masculino.

Esta economía inunda todas las esferas de la vida, se filtra a través del cuerpo y de sus prácticas, la socio semiótica -que invade el mundo simbólico demarcando claramente dualidades de género/sexo insondables- y la farmacología -que puede modificar y cambiar los “errores” de la perfecta alineación entre sexo/femenino y sexo/masculino o incrementar las bondades de esa alineación, construyendo hiper sexualidades hiper generizadas-. Cuando un cuerpo no era lo suficientemente coherente con su correspondiente género tenía que resignificarse, la sociedad posterior a la Segunda Guerra Mundial era una sociedad en cambio, precisaba de una resignificación, se tenía que proceder a un nuevo orden en las formas de mantener los géneros en su lugar, o por defecto intentar mantener cierta “normalidad” al respecto. El soltero Playboy que hacía acopio de sus destrezas culinarias, gusto refinado por la decoración y amor por su cuidado corporal no era una distorsión en esa coherencia entre macho/masculino, no era más que una construcción del sistema sexo/género dual (Preciado,

2010), un prefabricado de sujeto que marcaba una masculinidad alejada de la del típico padre de familia, trabajador, fiel y por su puesto muy masculino, un sujeto que nacía en la cultura POP, un sujeto que emergía de una sociedad más individualista, líquida, postmoderna, alejada de los patrones de los valores tradicionales y los metarrelatos, vivía de un continuo espectáculo que debía mantener, una vida construida para mantener unas fábricas repletas de trabajadores padres de familia.

El cuerpo y su importancia en el marco del biopoder

El cuerpo contemporáneo no es más que una construcción social e individual, es uno de los significantes y conformadores de identidad en el marco de la contemporaneidad. En esta era aún se sostienen los principios cartesianistas que arrojan al sujeto una visión dualista de su existencia. A diferencia del cuerpo de la modernidad y el cuerpo de la antigüedad al cuerpo contemporáneo se le agregan los principios fordistas y postfordistas, estos agregados hacen del cuerpo un objeto que permite una determinada producción de capital, identificada con la construcción de la imagen difundida por los medios de comunicación de masas e Internet. Esta imagen, que viene a ser la proyección del cuerpo en los medios de producción y reproducción de realidades, suple las funciones sociales y culturales en la reproducción de los roles y estereotipos de género y sexo. Su fuerza como imagen y como sujeto de consumo hacen del cuerpo un campo de batalla en la explosión de los géneros, para ello partimos de la idea de farmacopornografía -idea desarrollada por Beatriz Preciado- como nuevo biopoder. Este nuevo escenario de poder y control sobre los sujetos vivientes se enmarca en las tecnologías de control y sujeción contemporáneas, llámense: el consumo, la medicina -en su más amplio sentido enfatizando las técnicas quirúrgicas, la genética, la química médica, la farmacología, entre otras ramas y técnicas-, los avances tecnológicos e informáticos, los medios de comunicación de masas -incluyendo a Internet como un medio más-. Todas estas tecnologías conforman una novedosa forma de concebir al sujeto genérico y sexuado, la capacidad de modificación químico-orgánica y esencial de estas tecnologías permiten cincelar más si cabe a los sujetos, construyéndoles unos estereotipos de diferenciación de género más marcados y sexuados. El poder modificar la

esencia química hormonal, intervenir quirúrgicamente y construir imágenes simuladas de un cuerpo hiper-tecno-bio-genérico nos abre el camino a una explosión de los géneros, con estas estrategias de performatividad plástica y material-corporal de los géneros no sólo se consolidan los roles y estereotipos de género, radicalizándose, -un cuerpo femenino intervenido quirúrgicamente para incrementar sus "formas femeninas" enfatiza su significación y sentido normativo como cuerpo género femenino, lo hiperfemeiniza y lo introduce en un universo simbólico de hiper-generización y sexualización binaria, lo femenino es más femenino y lo masculino también-

Tras el periodo bélico de la II Guerra Mundial la sociedad fue la espectadora en primera línea de una serie de acontecimientos que marcaron el advenimiento de la farmacopornografía.

Los acontecimientos que marcaron la era del nuevo biopoder

I

El *marcarthismo* o "terror lila" (Johnson, 2004) que provocó una caza de brujas en Hollywood, el gobierno de los Estados Unidos de América y en los Medios de Comunicación en busca de desleales a la patria americana: comunistas u homosexuales. Caza o persecución que causó un impacto mediático y fue construyendo las bases de un estilo de vida *anti gay-comunista, ultra patriótico, heterosexual, blanco, católico o protestante* que marcó una era. Este periodo histórico en la vida de Estados Unidos de América se desarrolló entre 1950 y 1956, era propulsada por el Senador Joseph McCarthy, quien desentrañó y extendió todo un sistema de declaraciones, acusaciones infundadas, denuncias, procesos e interrogatorios que dieron lugar a un conjunto de listas negras de sospechosos de deslealtad por ser comunistas u homosexuales.

Durante este ínterin histórico la opinión pública se volvió a centrar en la conformación de una sociedad (sobre todo la sociedad americana) basada en el miedo al otro, al diferente, al que se salía de los parámetros establecidos dentro de un perfil normativizador, que posteriormente se definiría como el perfil *WASP* (blanco anglosajón y protestante / católico).

Este era “el gran dilema americano”, el problema de la tenue relación entre razas en los Estados Unidos de América (Myrdal, G, 1994). A esto se le unió la imperiosa necesidad de construir una sociedad post crisis (años 20-50) basada en la producción y el consumo de productos y sujetos.

Aquellos sujetos que se escapaban a la normalización de los ciudadanos y se acercaban a la “otredad” de dicha normalización era excluidos: negros, inmigrantes, mujeres -salvo la excepción entre guerras, puesto que fueron las trabajadoras de las fábricas y las mantenedoras de la identidad patriótica que continuaron con la liga de béisbol para mantener la moral del país en alza y aquellas mujeres que sostenían el estereotipo cultural tradicional de “ser mujer” -Mujer como equivalente a: madre, esposa, santa, hermana, hija, amante, sumisa, persona relegada a su espacio doméstico, criadora y cuidadora de la familia, sin espacio en el escenario de poder público o social. Entre otros adjetivos y roles que han sido adjudicados a la posición social de ser mujer- (Camps, 1999)-, no católicos o protestantes, homosexuales -no reproducían sujetos o ciudadanos, no producían el parámetro de virilidad y femineidad normativa ejemplar dentro de un sistema de consumo-producción doméstica familiar, compuesta por padre, madre e hijos- (Russell Hochschild, 2009). Este proceso de exclusión nada nuevo se fomentó y afianzó el estereotipo de perfección como individuo: WASP -blanco anglosajón y protestante/católico- (Berriain ,2005). Escapando de sus manos la posibilidad de ser un ciudadano de primera si te salías de los márgenes de la normalidad dispuesta en el momento. Sexualidad, género, cuerpo, raza y lugar de procedencia entraron en el juego de los poderes y la ubicación de los sujetos en el sistema de poder.

II

La visibilidad en el espacio público de la homosexualidad, sobre todo la femenina. El movimiento *Gay* fue tomando fuerza en los Estados Unidos de América a finales de la década de los años 70, así como comenzó una reivindicación de los derechos de los homosexuales en Europa que dio paso a la visibilidad de los problemas, discriminación, acoso y desigualdad de condiciones de la población homosexual. En ese periodo -desde finales de la década de los 70 en adelante- la sexualidad homosexual va convirtiéndose

en un hecho social más, una sexualidad que existe y que ha de ser considerada lejos de lo patológico, la despatologización de la homosexualidad junto con la visibilidad de la lesbiana fueron dos de los aspectos detonantes de la "aceptación" y por ello inclusión de la homosexualidad como orientación sexual, algo que aún hoy por hoy no está conseguido.

III

La visibilidad en el espacio público de las mujeres, tras muchos siglos concebidas como sujetos de la esfera privada, las mujeres comienzan a conseguir posiciones de poder social, político, económico, religioso y laboral merced al avance de la sociedad metacapitalista.

El sistema de producción que generó el nuevo marco económico, basado en un medio de producción y servicios de consumo masivo, preciso de una masa laboral amplia y de una masa de consumidores amplia también, permitió a la mujer emanciparse de la tutela patriarcal y adentrarse en el mercado del trabajo y de la formación universitaria o cualificada. Su camino hacia la libertad económica -ella trabaja, ella cobra un salario, ella consume- le permitió ser incluida en un espacio de poder social público, cómo negar a la mujer que trabaja y consume-produce su voz en el sistema político y social. Ella ha de tener su posición en el sistema para que se sienta integrada e identificada con en el entorno que a su vez la atrapa en un sistema de producción-consumo.

La mujer, tras la década de los 70, salta a la escena pública, sale de los lindes de la vida privada, tímida y manipuladamente, para ocupar una posición de más poder, de mayor autonomía, una posición que incrementa la acción femenina en la esfera pública, aumento de poder no libre de ser asfixiado por exceso de positivismo o por defecto.

IV

La inversión en estudios desde la esfera médico-científica y comercial sobre sexo y sexualidad. Las dos hormonas más consumidas y producidas por la industria farmacéutica mundial son el estrógeno y la progesterona, bases moleculares de la producción de la píldora anticonceptiva, dos

hormonas que exclusivamente se utilizan sobre los cuerpos de las mujeres, moldeando su capacidad reproductiva, moldeando los excesos de masculinidad en cuerpos "casi intersexuales", hormonas que permiten la construcción y reconstrucción de sexualidades no normativizadas -como es el caso de los tratamientos de cambio de sexo-. Una bio-femeinidad que es acompañada de dispositivos mediáticos y biomoleculares, las mujeres bio-mujeres "son artefactos industriales modernos" (Preciado, 2008:3) que posteriormente serán acompañadas por el bio-macho, el varón que es modelado por uno de los descubrimientos farmacológicos más rentables del siglo XX, la comercialización de una molécula vasodilatadora capaz de provocar y mantener una erección, el nombre comercial más conocido de este productor de masculinidad se Viagra.

Este es el instante en el que la masculinidad se introduce en las esferas de la farmacindustria y la medicina sintética de hormonas y estímulos químicos sintéticos. La masculinidad puede ser provocada y deja de ser un "espacio" de la biología pura, de la naturaleza. Se construye y domina. El macho-varón también es un producto de la farmacia y la medicina, no sólo la mujer y sus hormonas femeinizantes, reproductivas o anti-reproductoras es un artefacto fármaco-industrial, el varón sigue el sendero de la bio-mujer. Desde el horizonte de los avances fármaco-médicos se puede atisbar la explosión de los géneros, se puede moldear un género químicamente hablando: No; pero sí se puede allanar el camino para que la sociedad y la cultura, por ello el poder, desarrollen las estrategias y las técnicas de recomposición de los cuerpos, géneros y sexos.

La ansiedad comercial que gira en torno al negocio de la Viagra y la testosterona -otra hormona de producción y recomposición de "géneros"- sirve para renegociar las posiciones de dominio corporal-sexual por género: si hasta finales del siglo XX la bio-mujer era subyugada por el mercado y el avance científico-médico-farmacológico, en el siglo XXI el objeto sobre el que se cierne la sombra comercializadora y re-compositora de géneros es el bio-macho. Una masculinidad prostética y químicamente controlada. Aún así se procede a un desequilibrio político en la posición de la bio-mujer y el bio-macho. Mientras que la química farmacéutica y médica está dirigida a virilizar y sexualizar a los hombres, asociando esos productos hormonales-

químicos-farmacéuticos a la juventud y a la fuerza, a la bio-mujer se la percibe como un artefacto al cual controlar su sexualidad y su capacidad de reproducción, manteniéndose los estereotipos sociales de esposa, madre, objeto sexual, etc.

V

Aparición del concepto género "gender", su repercusión y alcance en la constitución de los géneros y en la forma en la que éstos pueden "explotar". El término género no está exento de problemática en su propia composición, las diferencias de idioma, las analogías con otros términos y las confusiones conceptuales entre otros aspectos han hecho que el género, como término y como categoría, se haya visto enturbiado y difusamente comprendido. En los años setenta el feminismo académico anglosajón impulsó y propulsó el uso de la categoría *Gender* como una categoría útil a la hora de diferenciar las construcciones sociales y culturales de la biología (Lamas, 1986). El nacimiento de la categoría *gender* no estaría exento de intencionalidad política, al objetivo científico, cuyo fin objetivo era el de comprender mejor la realidad social, se le unió el objetivo o fin político que no era otro que el de distinguir las características humanas consideradas femeninas, rasgos que son adquiridos por las mujeres a través de un proceso subjetivo y social, alejándose de la derivación "biologista y natural" de su sexo. Con esta argumentación alejada del determinismo biológico se intentó conseguir el fin político de una mayor igualdad de las mujeres.

Pero el término o categoría *gender* o género condujo a una inmensa cantidad de formas de interpretación, simbolización y organización de las diferencias sexuales, sociales y políticas, lo cual perfiló la existencia de una esencia femenina que la distinguía de su sexualidad. Pero el advenimiento de la categoría de género no fue un hecho aislado de fármaco-poder, la invención de la píldora anticonceptiva como nanotécnica de modificación hormonal de uso doméstico fue contemporánea de la invención de la categoría de género, así como de los primeros trasplantes de silicona y de las primeras prótesis dirigidas por ordenador, una técnica más dentro del entramado de concreciones de género, una etiqueta más en la nueva forma de conformar cuerpos, sexos y géneros. La píldora, al igual que la categoría

de género construyó, más si cabe, la feminidad, la primera construyendo menstruaciones químicas (Preciado, 2008:5) y dominando el espacio de la reproducción, con ello el alcance sexual de las mujeres; la segunda clasificando y enunciando una realidad cultural, una vez enunciada ésta será hábil de ser performativizada y así para perpetuar patrones de sexo y cuerpo. La píldora, al igual que la categoría de género, funciona como un instrumento semiótico-material, es a la vez máquina y discurso. La píldora sirvió como instrumento para controlar en un primer momento la natalidad entre las mujeres y controlar y disminuir la libido y las tendencias homosexuales entre los hombres -al ser eficaz a la hora de prevenir los embarazos se fomentaba una sexualidad más abierta y menos pensada en la reproducción- su discurso semiótico se orienta al control y separación de los sexos y géneros más que a la libertad sexual de las mujeres, no es una técnica de liberación sino una estrategia de control de los géneros y los sexos, buscando perpetuar una masculinidad muy cercana a la tradicional descrita por los estereotipos del "Rey, Guerrero, Mago y Amante" (Moore y Gillette, 1993).

La categoría de género permite observar aquellas cuestiones culturales derivadas de una diferenciación, valga la redundancia, cultural existente entre los varones y las mujeres a los que se les inculcan unas normas de género que performativizan para poder ser masculinos y femeninos, esos actos de performatividad están sujetos a una "lógica" cultural por adscripción corporal-sexual-biológica, la "cultura" parece inscribir en esos géneros ciertas pautas de ser y actuar que son reiteradas, repetidas y codificadas por los sujetos que las repiten. La performatividad del género permite que los sujetos se adscriban a un género determinado, heredado de sus prácticas sociales y culturales, de las normas y las disposiciones de su comunidad y contexto, la normativización de los actos del "ser un género" que inscriben a esos sujetos en su género concreto y ya imitado. En este contexto tan farmacológico y maleable lo imitado o performado no es una representación, teatralización o código semiótico de lo que puede ser o es un sujeto genéricamente inscrito (Butler, 2007).

El género es una ficción sexopolítica, al igual que la píldora o la Viagra, los tres actúan en la constitución de sujetos en base a un poder, el de las

metáforas tecno-vivas. La categoría de género también se constituye como una tecnología más, tecnifica -digamos que transforma la "materia" de la comprensión de una realidad- a los sujetos y los clasifica, los enmarca en realidades cambiantes según el control, el poder, la cultura, la sociedad, etc., el resto de ficciones sexo-políticas (Preciado, 2008) muestran que la femineidad y las masculinidades son representaciones e imitaciones llevadas a cabo no por los actos culturales sino por las fármaco-tecnologías que no son un mero código cultural o estilo corporal sino que son procesos biológicos, el ejemplo más paradigmático es la capacidad de reproducir artificialmente los ciclos menstruales a través de la píldora anticonceptiva o elevar la libido masculina mediante el consumo de Viagra. Estos dos ejemplos son procesos de producción y distribución de masculinidades y femineidades, ficciones sexopolíticas que se extienden más allá de una mera performatividad de género. Su alcance es mucho mayor e integran a las instituciones medicolegales, a la industria farmacéutica, a las empresas de comunicación y publicidad, a los Estados nación, al sistema económico-bursátil, al contexto laboral, al sistema de educación, a los medios de comunicación de masas y la industria derivada de él -incluyendo el cine-, a los estilos de consumo y de vida, etc.

Los productos de esta nueva sexopolítica, los bio-géneros, han derivado en una técnica biopolítica denominada por Preciado como farmacopornográfica (Preciado, 2008). Estos productos se implantan en cualquier sujeto viviente, consiguiendo la sujeción de los sujetos vivientes transhistóricos y transculturales, es decir son transformaciones sexopolíticas que afectan a la lógica de la naturaleza del organismo, construyendo un organismo más genérico y con ello un sujeto mucho más enmarcado en esa dualidad genérica binaria.

Pero de estas mutaciones transformistas surgen figuras de reacción o factibles de reacción y ruptura: ¿qué sucedería si una mujer hace uso de esta prostética química para quitarse las marcas culturales de su cuerpo inscrito genéricamente?, Preciados introduce la figura del bio-drag, un sujeto que bien puede hacer acopio de las sexopolíticas no normativizadas para su esencia. Una mujer que tome testosterona y un varón que tome estrógenos sería un hecho que alteraría la lógica del género y la lógica de la

política sexual -la testosterona cambiaría la morfología femenina y sexualidad (crecimiento de vello corporal, incremento de la libido) y los estrógenos transformarían la morfología y la sexualidad masculina (aumento de las mamas, disminución de la libido sexual, etc.)-, el uso de esta política de control y sujeción de manera inversa a la lógica normativa de los géneros y sexos binarios podría hacer explotar los géneros, trastocar la lógica binaria y arruinar un sistema de control de los sujetos, alejándose de los fines marcados: continuar con la lógica binaria y dual, mantener el sistema de producción y consumo intactos, establecer unos estilos de vida no diversificados, más heterogéneos y dirigidos a un consumo de esos mercados del biopoder.

Dos son las opciones ante este nuevo escenario: el cuerpo como mercancía y el cuerpo como estrategia política.

Resulta interesante la producción doble y paradójica de la feminidad en el régimen farmacopornográfico (similar a la relación entre represión de la masturbación y producción de la crisis histérica por medios mecánicos en el régimen sexodisciplinario del siglo XIX): por una parte, se administra la píldora a las bio-mujeres de forma generalizada; por otra, se busca un modo farmacológico de paliar depresión y frigidez. La bio-mujer del siglo XXI surge como resultado de este cortocircuito somatopolítico; su subjetividad se modula en el estrecho margen de agenciamiento creado por estos campos de fuerza divergentes. (Preciado, 2008:7)

La formación de este sistema de biopoder, el farmacopornográfico, no sólo deriva del impacto de la industria médico-farmacéutica y de la producción de subjetividades derivada de la incursión de la categoría *gender* (género) en el sistema social y político. Ambos son dispositivos técnicos, visuales y performativos que resitúan al cuerpo dentro de su sistema binario y dual de posibilidades de ser -corporal, sexual y cultural- pero a estos dispositivos se les han de añadir el impacto generado por la reorganización del sistema médico-jurídico -que adaptaba a los intersexuales al sistema dual-, la adecuación del sistema educativo y mediático con el fin de articular las nociones de normalidad y perversión. Estas tecnologías abren paso al modelaje del sujeto: se puede adaptar el cuerpo y se puede, siguiendo la

idea de Michel Foucault (Foucault, 1979) fabricar un alma, ya sea ésta masculina o femenina. Las técnicas de control no han cambiado en absoluto, siguen siendo las mismas técnicas descritas por Foucault, propias del sistema decimonónico, consistentes en disciplinar el cuerpo de manera individual pero de uso social-colectivo como estrategia de poder, para el bien del poder.

VII

La medicina de posguerra y el desarrollo de las prótesis y cirugías de reconstrucción. Los avances conseguidos tras la segunda guerra mundial en el campo prostético-médico, aquellos que permitían a un ex-combatiente ser un "hombre completo", ya sea mediante el desarrollo de prótesis ortopédicas de sustitución del miembro amputado, sobre todo si éste era un símbolo clave para su hombría -por ejemplo las prótesis de testículos o las reconstrucciones genitales- o bien el desarrollo de una cirugía que se escaparía a las reconstrucciones derivadas del daño bélico, los cuerpos intersexuales podrían ser derivados a una transformación u homologación con su género preconcebido socialmente. Se da paso a una institucionalización, un tanto desigual, del cuerpo masculino y del femenino en los circuitos de producción de saber y artefactos biomédicos que institucionalizan el correcto funcionamiento de la dinámica social genérica y sexual. Los dos géneros y la única sexualidad. La cirugía prostética aplicada a principios de la década de los noventa del pasado siglo estaba encaminada a una alteración del cuerpo femenino orientada a su hipersexualización, incremento de su atractivo erótico y remarque de las zonas corporales consideradas "eróticas o atractivas" dentro del cuadrante cultural heterosexual reproductivo: incremento de las curvas que se traducían en implantes de silicona para senos, glúteos, incremento del grosor de los labios, dulcificación de la mandíbula, estrechamiento de cintura, etc., rasgos todos ellos de una mujer muy mujer, de una feminidad construida para incrementar lo que culturalmente se concibe como atractivo para el varón. La construcción de la cultura de consumo de iconos-productos-imágenes y estéticas femeninas han fomentado si cabe más esta necesidad de transformación corporal hipersexuada, incluyendo técnicas de disminución de la grasa corporal en zonas deseadas y el aumento de volumen en otras

zonas significativas dentro de la lógica de la sexopolítica corporal. Esta tecnología construye sujetos sujetos a una hiperrealidad de su ser como género, son amplificadores de los estereotipos y significados de género y sexo, amplifican los iconos que dan significado a un cuerpo dentro de las relaciones de género. Un cuerpo resignificado como más femenino conformará unas relaciones de género más amplificadas, más mantenedoras de las estrategias de poder patriarcal. Pero esta hiperrealidad de los cuerpos genéricamente amplificados pueden ser utilizados como estrategias irónicas y performativas del género (Butler, 2007), invirtiendo la carga política de ese género y construyendo un espacio para la ruptura política de esa hiperrealidad. La parodia del género, desde este espacio de hipersexualización del cuerpo genérico y sexuado, sería un arma contra la lógica dual y binaria que normaliza las relaciones de sexo y género.

Pero esta técnica de modelación de cuerpo no sólo es aplicada en la hipersexualización de los cuerpos-género. Su uso en la construcción de los cuerpos-género de sujetos intersexuales y transexuales, adaptándolos a la lógica dual, donde el cuerpo se ha de corresponder a una imagen de género y éste ha de ser coherente con la morfología genital sexual, ha sido el detonante clave para la homogeneización de los sujetos a la norma de la política de género normal. La búsqueda de la normalidad hace que esta tecnología no sea vista como una compositora de cuerpos hiperreales genéricamente hablando.

VIII

Los medios de comunicación de masas han facilitado la potencialidad de los cuerpos hipersexuados e hipergenéricos. Desde la década de los 60 en adelante la cultura de la serie televisiva y posteriormente la cultura de los culebrones televisivos, junto al desarrollo de la industria cinematográfica (en todas sus variantes y estilos) fueron creando una idea de imagen realística; construían realidades simuladas, virtualidades de un hecho social y real que crearían tendencia entre la sociedad espectadora. La imagen femenina retratada en el cine -clonada por la televisión- se basaba en los estereotipos clásicos de género, mostraban unos cuerpos rebosantes de iconos de género, un objeto que es controlado, identificadores duales

patriarcales muy ideológicos y políticos, que mostraban cómo han de ser los sujetos en el contexto fuera de la pantalla. (Lauretis, 1992).

No sólo la Televisión y el cine, como medios de proyección y simulación de imágenes hiperreales, imágenes que transitan entre lo real lo simbólico y lo imaginario (Žižek, 1994), potencian y proyectan las formas de "ser un género, un sexo y un sujeto" en su extensión los demás medios de comunicación de masas, la prensa, la radio e Internet, amplifican esos estilos de vida derivados del nuevo biopoder. Las noticias no muestran una realidad desnuda, muestran su realidad, que es proyectada mediante imágenes de personas que sucumben a los postulados impuestos por esa morfología de género-sexo dual. Lo monstruoso o aquello que es considerado perversión del sistema normal es maquillado o eliminado. Hasta hace no más de una década, en España, la homosexualidad no era tratada por los medios de comunicación de masas como una orientación más, así como los cuerpos de los que trabajaban en esos medios se adaptaban a lo políticamente correcto, lo demostrado como estilo de vida dual.

La televisión ha cambiado, el cine también y cómo no las proyecciones comunicativas e informativas en Internet, se permiten porosidades, se emiten proyecciones de otros estilos de vida, pero se siguen manteniendo la exportación de unos cuerpos-vida y géneros-sexos muy dirigidos por la política patriarcal del género dual. Los estereotipos que se cuelan por las pantallas de la televisión, del cine -aunque no sea considerado un medio de comunicación de masas sí actúa como proyector de hiperrealidades y estilos de vida a imitar- de los ordenadores, por las hojas de un periódico y por las hondas de la radio, siguen siendo en su mayoría estereotipos tradicionales, anclados en un estilo de vida que muestran un cuerpo dual generico, metamorfoseado por las técnicas anteriormente descritas (los fármacos sexopolíticos, la cirugía amplificadora de los iconos de género, la visibilidad de las otredades -mujer y homosexual-, la política y poder de la imagen, la comercialización de los "sujetos-cuerpos", etc.). Las porosidades se quedan en intentos de libertad de expresión, acción y reacción.

Una nueva dimensión al poder de la comunicación: la posibilidad de alterar la realidad de los demás desde la retransmisión en directo de

realidades, donde los sujetos muestran sus lados más miserables o delicados de su vida cotidiana. Los reality show, la telerrealidad demostraría una vez más el poder de la difusión de los sujetos-cuerpo-género como transmisores de estilos de vida "dirigidos" por y desde la nueva forma de hacer biopolítica. La preocupación por el sexo y el cuerpo en esos programas (Ramírez y Gordillo, en León, 2009), la demostración de realidades "desnudas" o "puras" pero bien proyectadas para que el público tome nota de sus nuevas formas de ser y estar en el mundo.

La proyección de imágenes de hiperrealidad llevadas al comercio del sexo vía medios de comunicación nos muestran cómo los bio-géneros y bio-cuerpos (aquellos que son modificados por las sexopolíticas anteriormente descritas) son clones de las proyecciones corporales de gran parte de la imaginaria pornográfica. Las hiper-exageraciones de los volúmenes y marcas de cuerpo designadas cultural y socialmente como sexuales son tomadas de los iconos de la pornografía, así como los avances médicos se han ido encaminando a la posibilidad de emular, simular o replicar unos cuerpos-iconos que se salen de los parámetros de la neutralidad para ubicarse en una hiper-sexualización de los cuerpos y los sujetos, con ello recalcando un biopoder de modelación directa del cuerpo y de su química, orientado a la sujeción del cuerpo en un mercado de consumo de hormonas, cirugía, gimnasio, ropa, accesorios, etc., proyecciones icónicas del sujeto re-dirigido por parámetros sexuados y genéricos.

Estas culturas socio-semióticas pretenden dar un sentido a la vida de los sujetos, un sentido social por lo virtual y simulado de la tecnología. En este sentido se incluye aquí a Internet como modulador de vidas y redes sociales, una tecnología que permite la proyección identitaria del sujeto (Jones, 2003; Tirado y Doménech, 2006), que hace posible la creación de realidades-simuladas y/o virtuales donde los seres humanos se relacionan, compran, se inventan así mismos, consumen e intercambian información, datos, imágenes, vídeos, contactos, interacciones y sentimientos. Una esfera social simuladora de hiperrealidades que influyen en cómo se ha de representar uno en la realidad real, en la carnalidad del cuerpo y del sujeto-género-sexo. En esta esfera de lo social entra en juego la divulgación de estilos de vida, estereotipos e imágenes-iconos de bio-cuerpos/bio-géneros,

esos que han sido transformados en su dimensión corporal carnal lo pueden ser, aún más si cabe, en la dimensión de la realidad virtual del ciberespacio.

IX

Lo que se pretende desde este trabajo es dar luz a la idea de Preciado, haciendo crítica de su noción de cuerpo relacionado de manera directa con un género -socialmente construido-, con un sexo y con una sexualidad consonante con lo anterior, la bio-mujer y el bio-macho se correlacionan con un cuerpo bio-mujer y bio-macho, transformados desde los fármacos -química hormonal corporal- y la cirugía en hiperrealidades sexopolíticas, sujetos que amplifican mediante sus cuerpos-biomodificados la carga simbólica y semiótica del género al que representan.

La sociedad actual construye cánones estéticos-correctos y políticamente viables en base a las hiperrealidades sexo genéricas, esta sociedad que desecha cuerpos y/o los modifica para adaptarlos a su sistema de consumo-producción establece unos mecanismos de excitación-frustración-excitación que son definidos por Preciado como pornográficos, algo que no es más que "todo material audiovisual sexualmente activo, capaz de modificar la sensibilidad, la producción hormonal y de poner en marcha ciclos de excitación-frustración y de producción psicósomáticos" (Preciado, 2008:186). Bajo esta visión la mayoría de la publicidad, la información canalizada en los medios de comunicación de masas y en Internet y los cuerpos hiperrealidad podrían ser clasificados de pornografía. La forma en la que la sociedad construye esos cánones se encamina a la composición y modificación de sujetos sociales hábiles en el sistema de producción y consumo. Han de estar conectados al ciberespacio -por lo que consumen Internet-, han de hacer uso de las demás técnicas sexopolíticas -la cirugía plástica, la amplificación o modelación de sus hormonas, la transformación de sus músculos y el estar en forma- conformando, según Preciado, un modelo sexual imperante que necesariamente ha de estar intervenido por las técnicas bio-médicas y por la pornografía (comprendida como la proyección de imágenes o textos capaz de modificar o alterar la función de excitación-frustración). Estas técnicas de poder pretenden transformar al sujeto como categoría y variable de consumo, generando un

modo de poder basado en el manejo estratégico de los cuerpos humanos mediante la maleabilidad de sus cuerpos, químicas y sistemas de excitación-frustración.

Esta dimensión biopolítica no trata de castigar las infracciones sexuales de los individuos, tampoco pretende vigilar y corregir las desviaciones mediante un código de leyes externas, tal y como se percibía en la biopolítica estudiada y desarrollada por Foucault. Esta nueva etapa del biopoder se centra en la capacidad de modificar los cuerpos, no de influir en ellos y en sus acciones, sino en erigirse como una "plataforma viva de órganos, flujos, neurotransmisores y posibilidades de conexión y agenciamiento" (Preciado, 2008:31) haciendo que todas estas tecnologías sexopolíticas, de modificación y sujeción de los sujetos vivientes se conformen en un único instrumento de un programa político. Preciado a este tipo de control social lo designa como "control-pop" en oposición con el modelo frío y disciplinario de Foucault cristalizado en el panóptico caracterizado con el modelo de prisión de Jeremy Samuel Nentham (Foucault, 1979:176). Un modelo de poder-saber disciplinario concebido como ortopedia social (Foucault, 1995:98) (un diseño arquitectónico diseñado en un principio para ser una fábrica-escuela, luego un hospital, un cuartel y posteriormente utilizado como cárcel), en este modelo el poder y sus modos específicos de conocimiento y vigilancia se proyectan en una arquitectura exterior, automatizando el movimiento de los sujetos que moran en los edificios, controlando la mirada, temporalizando la acción y ritualizando las prácticas de la esfera cotidiana. El fin de este panoptico no es otro que el de ejercer de dispositivo preformativo, propulsor de repeticiones sociales y subjetivas de los sujetos en base a una norma que se ha de repetir, con ello construyendo sujetos sociales normatizados, por ello producen al sujeto que dicen que albergan o acogen. El alumno, el enfermo, el obrero y el preso no son más que resultados políticos de las tecnologías -usadas en los procesos de formación- que crean las subjetividades propuestas por el poder, por la norma del poder.

¿Explosión de los géneros?

A modo de conclusión, el biopoder de hoy en día, descrito por Preciado como farmacopornografía, se erige como un nuevo panóptico: una mega estructura de tecnologías sexopolíticas que producen el sujeto que dicen producir, construyen hiperrealidades de cuerpos que son resultados políticos de las tecnologías utilizadas en su modificación y que a su vez construyen las subjetividades derivadas del proceso de performance al que han sido sometidos sus cuerpos, sus estilos de vida y su subjetividad.

En este escenario la tecnología medico-farmacéutica produce cuerpos-sujetos políticamente inscritos en una dinámica política sexual encaminada a reproducir subjetividades bio-mujeres hormonadas para su contención reproductiva, sexualmente disponibles pero infecundas, artificialmente simbólicas como mujeres -las menstruaciones controladas y provocadas químicamente por el uso de anticonceptivos orales-, mujeres subyugadas a una posición sexual pasiva -el uso de las hormonas contenidas en la píldora disminuyen la libido femenina-, una imagen de la mujer muy similar a la propia de los estereotipos de género patriarcales y tradicionales, la dominación del cuerpo químico de la mujer es una dominación de sus pulsiones sexuales, una vigilancia sobre su fecundidad y un control sobre su "significante" mujer. El bio-macho es factible de ser químicamente potenciado como masculino-viril-macho-sexualmente activo, el uso de vasodilatadores como lo es la Viagra, la utilización de testosterona en su aplicación como potenciador de la musculatura y la libido sexual y demás hormonas de potenciación masculina hacen del bio-macho un patrón clásico de la subjetividad masculina.

A esta tecnología se le ha de unir la modificación corporal por prostética corporal y quirúrgica. La cirugía estética, como bien ha sido descrita en este trabajo, es una de las técnicas de resignificación "erótico-sexual-genérica" del cuerpo que permite amplificar el valor y signo de las marcas de género-sexo de los cuerpos. El bio-macho y la bio-mujer hiperrealísticos, van más allá de la realidad para ser ampliaciones de la realidad a la que pretenden emular.

Actos preformativos que bien pueden explotar: su uso como estrategia de transgresión de la norma pueden invertir la lógica del biopoder, construir

monstruosidades no homologables por la normatividad que hace las reglas del juego de la performatividad, convirtiendo en esa escena de repeticiones y reiteraciones de las marcas sociales y corporales de género, y por ello conformadoras de subjetividades, en una parodia del género al que quieren o pretenden representar.

Bibliografía

- BERIAÍN, J., (2005), *Modernidades en disputa*, Barcelona, Antrophos
- BUSTELO, M. y PETERSON, E., (2005), "Conciliación y (des)igualdad. Una mirada debajo de la alfombra de las políticas de igualdad entre mujeres y hombres". En SOMOS. Revista de Desarrollo y Educación Popular, "Hombres y mujeres: coeducación", primavera, n. 7:32.
- BUTLER, J., (2003), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Madrid, Paidós.
- (2006), *Deshacer el género*, Madrid, Paidós.
- (2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversion de la identidad*, Madrid, Paidós Ibérica.
- CAMPS, V., (1999), *El siglo de las mujeres*, Madrid, Cátedra.
- FOUCAULT, M., (1979), *Vigilar y Castigar*, Madrid, Siglo XXI.
- (1995), *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa.
- (2009), *Nacimiento de la biopolítica*, Madrid, Akal.
- HOCHSCHILD, A.R., (2009), *La mercantilización de la vida íntima*, Madrid, Katz.
- JOHNSON, D.K., (2004), *The Lavender Scare: The Cold War Persecution of Gays and Lesbians in the Federal Government*, Chicago, University of Chicago Press.
- JONES, S.G, (Ed.) (2003), *Cibersociedad 2.0*, Barcelona, Editorial UOC.

- LAMAS, M., (1986), "La antropología feminista y la categoría género", en Gortari, L (Coord.), Estudios sobre la mujer: problemas teóricos. Nueva Antropología, núm, 30, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología / Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- LAURETIS, T., (1992), Alicia ya no, feminismo semiótica y cine, Madrid, Cátedra.
- MARINAS, J.M. (2001), La Fábula del Bazar. Orígenes de la cultura de consumo, Madrid, Machado Libros.
- MOORE, R. y GILLETTE, D., (1993), La nueva masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante, Barcelona, Paidós.
- MYRDAL, G. y BOK, S., (1944), An American Dilemma: the Negro problem and Modern Democracy, New Brunswick, N.J, Transaction Publishers.
- PRECIADO, B., (2002), Manifiesto contra-sexual, Madrid, Opera Prima.
- (2008), Testo Yonki, Madrid, Espasa Calpe.
- (2010), Pornotopía: arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría, Madrid, Anagrama.
- RAMÍREZ, M.M. y GORDILLO, I., (2009), Tendencias de los realities. El culto al cuerpo, en LEÓN, B., (Coord.), Transformar la televisión. Otra televisión es posible, Sevilla, Editorial Comunicación Social.
- TIRADO, F. y DOMÉNECH, M., (Ed.), (2006), Lo social y lo virtual. Nuevas formas de control y transformación social, Barcelona, Editorial UOC.
- VALCÁRCEL, A., (1998), "Feminismo y poder político", en Debate Feminista, nº 17:223-233.
- ŽIŽEK, S., (1994), ¡Goza tu síntoma! Jacques Lacan dentro y fuera de Hollywood, Buenos Aires, Nueva Visión.